

Ayotzinapa y nuestros pueblitos perdidos

Claudio Alvarado Lincopi*
Bogotá, 2015
alvarado.lincopi@gmail.com

Con Bolívar por Ayotzinapa

Los tambores de la batucada feminista *La Tremenda Revoltosa* hacían bailar la rabia en La Plaza Bolívar en Bogotá. El fuego tembloroso de las velas nos insistía en la tristeza al esbozar el número 43. Las marchitas hojas fotocopiadas en donde se inscribían las caras y los nombres de los gritados por toda Latinoamérica, revoloteaban por manos y voces de jóvenes colombianos que, aclimatados mas no avasallados por gobiernos de muerte y sangre, insistían con la solidaridad, para que al menos sepan los asesinos que los muertos no están solos, que la memoria de esos rostros dignamente mexicanos no se desvanece ni con la bala, ni con el fuego.

Lxs compxs de México, presentes en la reunión, nos hablaron de los desaparecidos, de la muerte, del narco, de los políticos del PRI, del PAN, del PRD, todos tan asesinos. También nos contaron de la ternura y la rabia de un pueblo, de una dignidad que comenzaba a copar las avenidas y callecitas del monstruo mexicano y, por sobre todo, nos describieron un lugar perdido, con hombres y mujeres olvidados por la desidia de quienes gobiernan desde las capitales. Ellos, los perdidos entre la geografía mesoamericana, tantas veces muertos, tantas veces asesinados, tantas veces desaparecidos, emergían nuevamente copando proclamas, gritos, protestas, dignidades.

Fue un momento palpitante aquella tarde en la ciudad de las eternas nubes, de alguna manera lo que decían los compas mexicanos

nos sacudía, pero no sólo por la miseria centenaria de los de arriba, sino porque Ayotzinapa era también nuestros pueblos perdidos, nuestras patrias olvidadas. Naturalmente, por los dolores de la Colombia herida también se gritó aquella tarde de lucha contra el olvido y el silencio, cómo no pensar en todos los desaparecidos y asesinados en manos del Paramilitarismo y el Narcotráfico, cómo no pensar en El Salado, en Mapiripán, en Segovia, y tantos otros pueblos en la diversa geografía colombiana que debieron, y deben soportar la violencia del capital en todas sus formas. Cómo no pensar en las barriadas de nuestras ciudades que, a fin de cuentas, sufren la misma desidia del poder que sufren esos pueblitos perdidos; lugares en donde la vida humana es un número, un destello que, si así lo decide un milico o un paraco, puede ser apagado sin previo aviso, sin razón alguna; sino me cree, pregúntele a las madres de los jóvenes de Soacha, en la periferia bogotana, asesinados por las Fuerzas Militares por el sólo hecho de ser pobres.

Aquella tarde, lxs compxs colombianxs, en esa plaza que ha sido testigo de tantas luchas, de tantas muertes, gritaron firme por Ayotzinapa y por todos nuestros muertos.

Cantaron:
"Mi voz, la que esta gritando.
Mi sueño, el que sigue entero.
Y sepan que solo muerdo
Si ustedes van aflojando,
Porque el que murió peleando
Vive en cada compañero.
Por nuestros muertos



ni un minuto de silencio
toda una vida de combate.
¿Hasta cuándo? Hasta siempre
¿Hasta dónde? Hasta la victoria
Y si es preciso hasta la MUERTE”.

Una bandera roja flameaba al lado de la estatua de Bolívar. Un chico lanzaba fuego desde su boca. Las velitas ya estaban casi derretidas o apagadas por el viento. Los asistentes nos mirábamos con una extraña y linda complicidad. La actividad ya estaba terminando. Una agua aromática fue la última compañía para capear el frío.

Dos fragmentos entre millones

Cuando, junto a mi compañera, viajábamos de vuelta al sur de Bogotá, y realmente de esto no me acuerdo pero pienso que posiblemente pudo ser así, quizás no en ese momento, pero sí en otro, conversábamos sobre los tantos muertos regados por toda Latinoamérica ¿Cuántos serán? Nos preguntábamos.

José del Pozo, a principios del milenio, dijo que “los muertos por razones políticas superaban el medio millón de personas, la gran mayoría víctimas del Terrorismo de Estado” (2002: 199). Del Pozo, él lo dice, estaba sólo contando los asesinados entre las décadas de 1960 y 1990, entonces realmente la cifra supera con creces aquel número. No contó los asesinados en todas las luchas campesinas y obreras desde fines del siglo XIX, tampoco contó las muertes que ha dejado el narcotráfico y aún no vislumbraba los charcos de sangre que ha dejado la relación entre políticos, narcos y paracos, como en el gobierno de Uribe Vélez en Colombia, por poner un ejemplo.

Tantos muertos, tantos desaparecidos. Inevitablemente se me vienen algunos nombres. *Matías Catrileo* joven mapuche de

23 años, quien en un proceso de recuperación territorial en Vilcún, *Wallmapu* cae muerto de una bala policial en enero del 2008, era el primer gobierno de Bachelet y aún persiste la impunidad. *Julio López*, quien durante la última dictadura Argentina estuvo recluido en un Centro Clandestino de Detención (CCD), aguanto los vejámenes de milicos criollos muy bien entrenados por yanquis en La Escuelas de las Américas antes de ser liberado; y cuando se pensaba que la democracia ya se había afirmado con los gobiernos kirchneristas, Julio declaró contra Miguel Etchecolatz, ex agente policial, torturador y genocida de los años oscuros, testimonio que le valió una segunda desaparición, la primera en democracia, pues desde el 18 de septiembre del 2006 no hay noticias de su paradero. Sólo dos pequeñas historias entre millones.

Pueblitos latinoamericanos perdidos en Latinoamérica

Nunca antes había escuchado hablar de Ayotzinapa. Hay lugares que sólo aparecen mediante la muerte. Los zapatistas entendieron esta triste realidad, aparecieron para el mundo tapándose, borrándose, y sólo así, fueron y son, la muerte de la muerte... “Y miren lo que son las cosas porque, para que nos vieran, nos tapamos el rostro; para que nos nombraran, nos negamos el nombre; apostamos el presente para tener futuro; y para vivir... morimos”, explicó el ex Subcomandante Marcos.

Yo nunca antes escuché nada sobre Ayotzinapa, pero cuando leí sobre los compas desaparecidos, quizás por esa ignorancia que dejan los libros, imaginé la Comala de Juan Rulfo. Un lugar habitado por fantasmas, muchos fantasmas como los asesinados por un Pedro Páramo cualquiera que comparten los andares cotidianos con chicos tan vivos, con jóvenes rebozados de



vida. Juan Preciado, el huérfano-protagonista de la novela de Rulfo, podríamos pensarlo como los normalistas desaparecidos, los vivos dejados de lado, quienes reclaman lo suyo desde un pueblo fantasma, gobernado por sanguinarios caudillos de la muerte. Quizás los chicos normalistas se sintieron interpelados por las palabras de la madre de Preciado, abandonada junto a su hijo por Pedro Páramo, cuando le dice a su retoño: “No vayas a pedirle nada. Exige lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, cobráselo caro” (1955: 7). *El olvido en que nos tuvo...* esa frase retumba entre los pueblos huérfanos de la latinoamérica entera.

Y pareciese que de esos pueblitos perdidos Latinoamérica fuese un fértil útero. No sé, pienso en la Villaviciosa de Bolaño, tan bien retratada por ese personaje extrañísimo que pasaba días enteros en un banco de la Alameda en el D.F. El Gusano, según recuerda Arturo Belano,

“Dijo que el pueblo no tenía más de sesenta casas, dos cantinas, una tienda de comestibles. Dijo que las casas eran de adobe y que algunos patios estaban encementados. Dijo que de los patios escapaba un mal olor que a veces resultaba insoportable. Dijo que resultaba insoportable para el alma, incluso para la carencia de alma, incluso para la carencia de sentidos. Dijo que por eso algunos patios estaban encementados. Dijo que el pueblo tenía entre dos mil y tres mil años y que sus naturales trabajaban de asesinos y de vigilantes” (1997: 77).

Villaviciosa, en el universo de Bolaño, compone uno de los lugares por donde atraviesa la violencia más descarnada al norte de México, atrapado por un circuito de la muerte que, como en la novela 2666, no

cesa, es abrumadora e interminable, y todo bajo el sosiego y complicidad de policías y burócratas. Es la banalidad del mal en Nuestra América. Villaviciosa podría ser Comala, Ciudad Juárez o Ayotzinapa, muertes y muertes bajo la impunidad absoluta. Cadáveres que aparecen tirados por el desierto, en fosas comunes, olvidados, encontrados por casualidad o quizás entregados por la naturaleza para el alivio de sus familiares.

Por su parte, desde tierras caribeñas, Gabriel García Márquez, finalizando su *Cien Años de Soledad*, describe el fin de Macondo: “Macondo era ya un pavoroso remolino de polvo y escombros centrifugados por la cólera del huracán bíblico” (2007: 495). Macondo, Comala y Villaviciosa tienen en común lo inevitable de su tragedia, rondada por la muerte, fantasmas y huracanes bíblicos. Sus finales recuerdan que a pesar del jolgorio, los heroísmos y la porfía de poblar quebradas rocosas, pampas desérticas, montes lluviosos, selvas húmedas, el acabose siempre es un murmullo siniestro en la orfandad geográfica. Ahora, esa orfandad no se vive sólo por los murallones de la naturaleza, sino sobre todo por la delicada ceguera de un capitalismo que segrega territorios, que impone lugares para el habitat confortable de nuestras burguesías mientras que fractura las dignidades populares mediante espacios de marginalidad y pobreza. Nuestro querido Lemebel, recientemente bailarín eterno, narra el ataque invernal en la periferia urbana santiaguina:

“Cada invierno, son casi los mismos lugares que reciben la agresión violenta del desamparo municipal. Son los mismos canales: la Punta, las Perdices, el Carmen o las Mercedes, que se revientan en cataratas de palos, pizarreños y gangochos que



arrastra la corriente sucia, la corriente turbia que no respeta ni a los cabros chicos, los inocentes niños entumidos que con los mocos del resfrío blanqueando sus ñatas, se amontonan en los albergues temporales que, por lástima y culpa social, les proporciona la municipalidad” (1998: 67).

Hace frío en el campo, hace frío en la ciudad,
¡frío en toda la vida!

*

Que nos sepan perdonar los familiares y compañeros pero las actividades de solidaridad por Ayotzinapa comienzan a disminuir, y no es necesariamente olvido, ellos muy bien lo saben, sino las coyunturas locales que nos apremian. Por ahora, millones de gratitudes para ellos, por la fuerza, por la dignidad, por hacer que en toda Latinoamérica se entonara el nombre de un pueblo desconocido y, con él, nos volcáramos a mirar nuestras geografías ocultas pero fundamentales, aquellos microcosmos que sustentan con la desposesión de sus territorios y la explotación de su mano de obra los andares en los barrios frescos como Lomas de Chapultepec, Lomas Virreyes o Polanco, o de barrios gomelos como Usaquén, Chico o Rosales, o de barrios cuicos como El Golf o La Dehesa.

Estos últimos barrios, nada de huérfanos, nada de perdidos, pueden ser todo, pueden tenerlo todo, pero NO son Ayotzinapa, no

pueden vivir esa solidaridad que recorrió la América morena, travestida y profunda, desde la cual, posicionados, manchados y heridos nos convencemos de que la orfandad de padres protectores se superara con la ternura y solidaridad entre hermanos perdidos... en esa tarea estamos, en la tarea de encontrarnos.

Notas

* Claudio Alvarado Lincopi es Licenciado en Historia con Mención en Estudios Culturales por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (Chile). Actualmente estudia la Maestría en Historia y Memoria en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP-Argentina). Miembro del Centro de Estudios e Investigaciones Mapuche - Comunidad de Historia Mapuche (Chile).

Bibliografía

- Bolaño, Roberto (1997). *Llamadas telefónicas*. Barcelona: Anagrama.
- Del Pozo, José (2002). *Historia de América Latina y el Caribe (1825-2001)*. Santiago: LOM.
- García Márquez, Gabriel (2007). *Cien años de soledad*. Santiago: Editorial Debolsillo
- Lemebel, Pedro (1998). *De perlas y cicatrices*. Santiago: LOM.
- Rulfo, Juan (1955). *Pedro Páramo*, México: Fondo de Cultura Económica.

